

EDITORIAL

Hacia la “novísima” historia

Tras ocho años de arduos trabajos, el Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico (Río Piedras) inauguró en agosto de 1987 su programa doctoral, especializado en la historia de Puerto Rico y el Caribe. Lo han permitido, entre otras cosas, la solidez académica del profesorado del Departamento y la madurez que ha alcanzado la historiografía puertorriqueña.

Los objetivos que guían al programa son consonantes con las preocupaciones que agobian nuestra realidad actual. La crisis provocada por el descalabro del sueño populista forjado en los '40s, la inmigración infrenable de cubanos, dominicanos e isleños y la explosiva situación económica y política de la región circuncaribe exigen la búsqueda de explicaciones y soluciones que requieren el conocimiento de sus raíces y procesos históricos. La ruta es insoslayable. La complejidad de los conflictos demanda igualmente que ese conocimiento se fragüe en forma amplia. Es decir, con preocupaciones que originen enfoques múltiples —en ocasiones dispares— y estimulen metodologías diversas. Por eso debemos superar el encasillamiento de reconstruir solamente aspectos específicos de nuestra historia regional.

Una de las críticas más consistente que se le hace a la llamada nueva historia puertorriqueña es su atención casi unidireccional hacia los problemas socio-económicos en los que los aspectos políticos, institucionales, ideológicos, culturales, etc. quedan fuera como si no formaran parte intrínseca de la vida misma de una comunidad constituida en nación u organizada en el barrio más humilde y recóndito de ésta. En muchos de los enfoques prevalentes se parte de la premisa implícita de que sólo estudiando los modos de producción, la explotación de los trabajadores y la vida de los ricos y los humildes por separado o en conflicto perenne llegamos al corazón de nuestra historia particular e incluso de la regional caribeña. Es cierto que a través del sistema esclavista encontramos afinidades que acercan nuestras historias y diferencias que apuntan a las particularidades que permearon las relaciones de producción y sus repercusiones raciales y sociales en el área antillana. La tendencia a ser monotemáticos es también un problema de índole caribeño, como lo evidencian las reuniones anuales de la Asociación de Historiadores del Caribe en las que predominan las ponencias en torno a la esclavitud y sus

consecuencias. Dado el peso que tuvo la economía de plantación en las Antillas es hasta cierto punto natural que sea así. Sin lugar a dudas el estudio de los problemas socio-económicos, en particular los que afectaron el mundo de la caña y el café (relegados por la historiografía “tradicional”) han enriquecido nuestro conocimiento del pasado. La aportación es innegable y fue decisiva para la superación del letargo positivista en que estaba sumido el análisis histórico. Pero no nos extralitemos quedándonos en esa onda.

No objetamos ese tipo de estudio. Más aún, lo consideramos indispensable para conocer la realidad total de la sociedad que nos precedió en ánimos de entender, mejorar—y hasta disfrutar!— la nuestra. Lo que impugnamos es que sea excluyente, porque a fin de cuentas se cae dentro de la misma concepción de la historia a base de “moldes” que tanto se ha criticado. A la hora de voltear la mirada al pasado, amplíemos nuestras miras y sumemos elementos de análisis en vez de excluirlas. Y del mismo modo que incorporamos metodologías y conceptos de las ciencias sociales, abramos también las puertas a otras disciplinas afines que nos ayuden a dispersar las lagunas que persisten en otros aspectos importantes de la vida cotidiana de una sociedad como es, por ejemplo, el cultural, uno de los grandes olvidos de la nueva historia.

La salsa, el rock, los video clubs, *La guaracha del Macho Camacho* y las artes gráficas son elementos característicos de la sociedad puertorriqueña actual; la política permea los detalles más nimios de las relaciones sociales; los indocumentados se organizan en barriadas definidas y la militarización inamovible pasa desapercibida hasta que algún incidente particular la trae a la palestra. Los historiadores del futuro tendrán que plantearse éstos y muchos otros problemas con anteojos prismáticos. Aunque pesen con fuerza los efectos de la colonia y la industrialización no se podrá achacar a éstas exclusivamente los logros alcanzados ni los males que nos angustian.

Ahora que el afán de caribeñarnos está por todas partes, no nos empeñemos los historiadores en empantanarnos en una historia. Incorporemos todo lo que realmente integra a un núcleo social. Allanemos el camino para que la “novísima” historia —la que escribirá la generación del '90— enfrente los problemas históricos con menos restricciones y más perspectivas.